



FELIPE PIGNA

LA PACHAMAMA

Y OTRAS LEYENDAS
DE NUESTROS PUEBLOS
ORIGINARIOS



Ilustraciones de
COSTHANZO



**FELIPE
PIGNA**

**LA
PACHAMAMA**

**Y OTRAS LEYENDAS
DE NUESTROS PUEBLOS
ORIGINARIOS**



Ilustraciones de
COSTHANZO

INTRODUCCIÓN

LA VOZ DE LOS ANTIGUOS

Antes de que los españoles llegaran a América, en el territorio que hoy es la Argentina vivían cientos de miles de hombres y mujeres. Quechuas, mapuches, guaraníes, qom, diaguitas, selk'nam, tehuelches, wichis, chiriguano, pampas y muchos otros habitaban montañas, bosques, llanuras, desiertos y costas. Hablaban distintas lenguas, tenían costumbres propias y formas diferentes de vivir, pero todos tenían algo en común: cuando llegaba la noche, se reunían alrededor del fuego para contar historias.

Mediante estas historias intentaban explicar el mundo que los rodeaba y sus misterios. Eran relatos que hablaban del cielo, la Luna, el fuego, los animales, las plantas y los seres humanos. Contaban cómo habían nacido las cosas, de dónde venían las estrellas y cómo habían sido creados ellos mismos. Muchos narraban también los peligros de la naturaleza y aquello que más los aterraba porque podía aniquilarlos: las sequías que traían hambre, los grandes diluvios, las tormentas

o los seres reales e imaginarios que acechaban en la inmensidad de esos territorios. Contar historias los ayudaba a reunir el coraje necesario para enfrentar lo desconocido y era una forma de conjurar las desgracias. Querían ahuyentarlas, mantenerlas lejos.

Las leyendas también reflejaban la vida de cada pueblo. Los que cultivaban la tierra contaban historias sobre las lluvias, las cosechas y las semillas que los alimentaban. Los que vivían de la caza hablaban de animales poderosos y los pueblos más guerreros relataban hazañas de caciques legendarios.

Nadie sabe quién inventó las leyendas que se incluyen en este libro y muchas otras que todavía se siguen contando. Son tan antiguas como la memoria misma. Guardan una sabiduría nacida en esta tierra y la voz de quienes la habitaron mucho antes que nosotros.

Algunas cuentan el origen de árboles, ríos y flores, o buscan enseñar a respetar la naturaleza. Otras muestran la importancia de ayudarse unos a otros y mantenerse unidos para enfrentar la fatalidad o advierten acerca de las consecuencias que pueden traer la ambición y el egoísmo. No siempre terminan bien porque nacieron en una época muy distinta

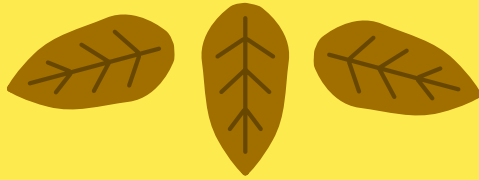
de la nuestra. Hay dioses que se enojan, criaturas vengativas, castigos, transformaciones y catástrofes desencadenadas por malos comportamientos.

Los guardianes de estas leyendas eran los ancianos de cada pueblo. Las conservaban en la memoria y las transmitían a los más jóvenes para que no se perdieran. Así, de boca en boca y de generación en generación, viajaron durante siglos.

Muchos de aquellos pueblos originarios fueron diezmados o aniquilados. Otros lograron sobrevivir y sus descendientes continúan defendiendo sus lenguas, sus tierras y su identidad.

Gracias a quienes escucharon las leyendas de todos estos pueblos y las volvieron a contar una y otra vez, llegaron hasta hoy. Son la herencia de las voces antiguas que las mantuvieron vivas y ahora también son de todos nosotros, para que las sigamos contando.

* QUECHUAS *



Los quechuas y los aymaras llegaron al norte de la Argentina desde lo que hoy es Bolivia. Se integraron a otros grupos (diaguitas, omaguacas, atacamas) que hacía tiempo ocupaban la puna, los valles y las quebradas norteañas.

Tenían un gran conocimiento del clima y del suelo. Como grandes agricultores, practicaban métodos que les permitieron llevar sus cultivos de maíz, quinua y papa a más de 4000 metros de altura. También criaban llamas, alpacas y guanacos, y eran buenos pastores.

Son custodios de los cultos ancestrales que introdujeron los incas: Inti, el Dios Sol, y la Pachamama, la Madre Tierra, que los cobija, los alimenta y los protege, pero también los castiga si abusan de su generosidad.

Entre coplas, carnavales y melodías de quenas y charangos, los quechuas dieron vida a los valles y las quebradas. En largas rondas compartieron relatos sobre los orígenes del mundo y de su pueblo, historias que el tiempo volvió inseparables del paisaje.

El Censo Nacional de Población de 2010 en la Argentina reveló la existencia de 55.493 personas que se autorreconocen como quechuas en todo el país, que habitan en su mayoría en Santiago del Estero, Salta, Jujuy y Buenos Aires.

LA PACHAMAMA



En lo alto de las montañas, donde el aire es frío y el cielo parece estar más cerca, vive una mujer bajita y muy poderosa llamada Pachamama, que en quechua significa Madre Tierra. Tiene una cabeza enorme, cubierta por un sombrero de alas anchas, y grandes pies calzados con ojotas. Lleva unas pesadas bolsas llenas de oro y plata, y una víbora que usa como lazo. Siempre anda acompañada por un perro muy bravo que la sigue a todos lados y la custodia.

La Pachamama cuida y rige el destino de todo lo que vive. Los quechuas y otros pueblos del Norte la consideran una diosa.

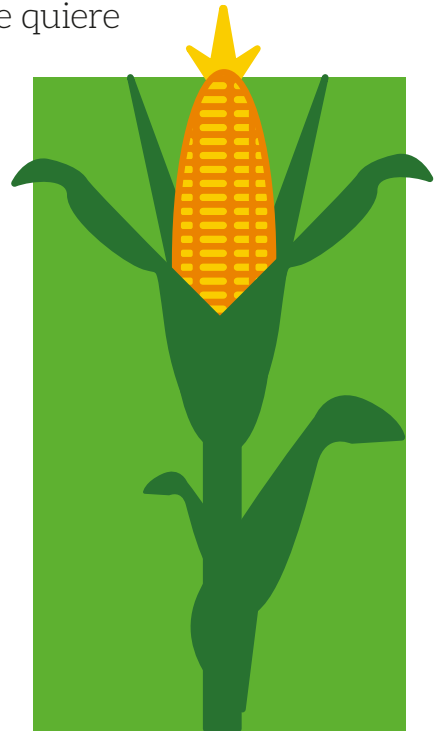
La Pachamama cuida y rige el destino de todo lo que vive: animales, plantas y personas. Puede detener las

heladas o espantar las plagas que atacan los cultivos, hacer madurar los frutos y multiplicar llamas, ovejas y a todos los pájaros.

Los quechuas y otros pueblos del Norte la consideran una diosa. Le piden ayuda antes de sembrar y protección cuando salen a cazar. Pero también le temen, porque la Pachamama cobija, alimenta y es generosa, aunque castiga a quienes no cuidan de sus hijos o no respetan la naturaleza.

Así como da, también quita. Y cuando se enfurece, hace temblar la tierra: los cerros braman, los ríos desbordan y las tormentas arruinan cosechas y destruyen los ranchos. Por eso nadie quiere hacerla enojar.

Dicen que a veces se les aparece a los pastores entre los cerros o los visita en sus casas para agradecerles por el cuidado de los animales o para retarlos por su comportamiento. Así fue como un día se le apareció a un hombre que cazaba gran cantidad de animales por pura diversión.



La Pachamama le advirtió: “Solo puedes matar un animal por día para alimentarte. Si cumples, te daré una bolsa de oro”.

Pero el hombre no le creyó y siguió cazando animales porque sí. La Pachamama entonces decidió castigarlo y se llevó a su hijo. Desesperado, el hombre pidió ayuda y todo el pueblo lo acompañó a buscarlo. Durante días y noches, subieron y bajaron cerros, hasta que por fin lo encontraron, pero el hijo ya no era humano. La Pachamama lo había transformado en un inmenso guanaco.

Antes de perderse para siempre entre las montañas, el animal lanzó un lastimoso bramido con el que le reprochó a su padre haber desobedecido a la Pachamama.

Los quechuas siempre la saludan y veneran. En época de *tarpu* (siembra) o *aymuray* (cosecha), le dejan ofrendas en las apachetas, unos pequeños montículos de piedras donde depositan

Siempre anda acompañada por un perro muy bravo que la sigue a todos lados y la custodia.

comida, chicha (cerveza de maíz), hojas de coca o tabaco. Y cada 1 de agosto, en el día de la Pachamama, celebran la Corpachada, una ceremonia en la que derraman un poco de chicha en el suelo antes de beber, entierran granos de maíz y le ofrecen pequeñas ollas, alforjas en miniatura o animales tejidos, para agradecerle a la Madre Tierra por todo lo que da y pedirle que siempre los proteja.

